

ESCENARIOS MASCULINOS VULNERABLES

Mariam Alizade

Mayo-Junio 2007

Presentación

Este texto describe algunos escenarios vulnerables en la vida de los hombres y, especialmente, en sus vinculaciones amorosas. Los hombres son pensados en este escrito a la luz de debilidades y carencias, por fuera de las hegemonías sociales patriarcales. El trabajo explora las desventajas de género, las escenas de dependencia y de sumisión masculinas y el dolor de ser hombre. La observación de las fragilidades de los hombres requiere una visión que se distancie del estereotipo cultural del hombre en tanto persona fuerte y dominadora.

Los estudios de género y los estudios que han posibilitado la reflexión acerca de la identidad de género y han destacado su complejidad: La bisexualidad psíquica, la deconstrucción de la identidad humana en facetas mixtas de varón-mujer, la asexualidad, las transexualidades transitorias y otras rarezas e identidades parciales, conforman cuadros psíquicos que escapan al binarismo y a la simplicidad. Aún así, las formas biológicas y naturales de base se reducen a dos -hombre y mujer- aún cuando sobre ellas se instalen ficciones de diversa índole y coacciones culturales. Ser hombre no es una cuestión tan natural como suele pretenderse. Señala Badinter, E. (1992) que para llegar a ser hombre es necesario emprender toda una tarea. "La virilidad no es algo que se les haya dado, deben construirla, fabricarla". (Badinter, E. 1992, p. 17)

Hemos escrito hace algunos años (Alizade, Dupetit 1997) "no cabe duda: ha cambiado la gesta heroica de los hombres. La transformación cultural, las reivindicaciones femeninas, han producido modificaciones en el estereotipo masculino. La sociedad post-industrial trastocó al penetrante héroe conquistador en un hombre máquina. "ha tenido lugar un cierto derrumbe identificatorio de la figura masculina".

Antaño, ser verdaderamente hombre no admitía flaquezas. El dominio sobre la naturaleza se extendía como por añadidura al dominio sobre las mujeres. (Alizade, M. 1998)

La exigencia, en los albores de la humanidad, de la hombría intrépida, puso en marcha el ejercicio de la ferocidad. Es probable que algunos restos no superados formen parte de las raíces del comúnmente denominado “machismo” y ayuden a explicar la violencia de muchos hombres hacia las mujeres (violencia de género). Lo que otrora fuera un requisito de supervivencia, a saber, el hombre proveedor del sustento y por ende aguerrido y valiente, ha perdido vigencia en un mundo plagado de diversidades en lo que respecta a las formas de hacer la vida.

Nombraré algunos elementos que pueden ser potenciales fuentes de conflicto en la mente de los hombres y que son objeto de nuestro trabajo analítico: el rehusamiento de la feminidad (roca viva del hombre, Freud 1937, Alizade, 1994), el temor a la imagen de la madre fálica devoradora, la desconfianza a la falsa sumisión de alguna mujer, el peligro a la contaminación de la supuesta vulnerabilidad de las mujeres, el temor a la mostración de carencias e inhibiciones, la angustia de castración, la sobrecompensación viril, los aspectos masoquistas, el refugio en atributos de poder.

Los escenarios que presento en este trabajo son ante todo escenarios neuróticos o caracteropáticos. Están basados en la consideración de las envidias preedípicas y edípicas de los niños y sus consecuencias psíquicas patógenas en la adultez en los casos en que no pudieran ser tramitadas en forma saludable.

No puedo dejar de mencionar escenarios comunes a todos los seres humanos, contruidos en la trama de los fantasmas originarios: la seducción (en su vertiente histórica), la castración y, ante todo, el fantasma de exclusión de la escena primaria. Estas imagos arcaicas, reeditadas en vivencias infantiles, vulneran el psiquismo a través de sufrimientos suprimidos que se resignifican en etapas posteriores de la vida. Por otra parte, siguiendo los desarrollos de Erikson (1982) y de Stern (1985) el psicoanálisis explora la producción de cambio psíquico y de traumatismos en cualquier edad de la vida y no únicamente mediante la resignificación de las experiencias de la primera infancia. Esta perspectiva enriquece y refresca la clínica.

El preedipo en los hombres y la envidia primaria al vientre gestante

El preedipo del varón se organiza alrededor de experiencias de íntimo contacto con los seres primarios, en especial la madre o sustituto materno. Se manifiesta a través de la identificación con la figura materna y la fantasía de tener un hijo en el vientre (Aberastury, 1959 p.89). Esta fantasía mimética con la maternidad es fuente de envidia y de frustración cuando el pequeño toma conciencia de que su condición de varón le impedirá gestar. La *envidia al vientre fértil* de mujer explica parte de los conflictos de rivalidad entre los sexos. Lax

(1997) destaca que hay pocos trabajos sobre la envidia de los varones al vientre gestante y atribuye esta carencia a una resistencia común a muchos analistas. Esta resistencia interfiere con el reconocimiento de la envidia al vientre. (Lax 1997, p. 118-119). Más adelante, en el mismo texto, (Lax 1997, p. 134-135) dirá que “el niño es ayudado en la represión de sus anhelos y deseos femeninos por los estereotipos de masculinidad reforzados por la sociedad y por la influencia patriarcal general. Tanto la estimulada separación de la órbita maternal como la socialmente aceptada devaluación de las mujeres, colaboran para que el niño esquive, devalúe y reprima sus deseos de poseer atributos femeninos.”¹ Ross (2003p.112) señala también el rol desempeñado por la envidia al vientre fértil y la envidia de dar a luz un bebé en los varones y puntualiza el hecho de que no es para nada una idea nueva sino que ha sido repetidamente enunciada en los escritos psicoanalíticas y posteriormente olvidada.

La envidia a la madre fértil echa raíces en la indefensión primaria y en el superpoder acordado a la figura de la madre. Estas emociones se expresan de distinta manera en las diversas etapas evolutivas. La envidia al vientre fértil forma asimismo parte de la constelación de carencias e incompletudes con las cuales el incipiente ser humano debe enfrentarse en su recorrido vital. Al construir su identidad generativa (Raphael-Leff, 2001) el niño o la niña que previamente se imaginaban completos, bajo los efectos del narcisismo, deben enfrentarse con restricciones: un solo sexo, una sola manera de participar de la gestación. Estas restricciones socavan el sentimiento de omnipotencia lo cual provoca celos hacia los adultos (envidia al adulto), envidia al pene y al vientre fértil. La resolución de estos conflictos permite que el niño desarrolle sus propias potencialidades, incorpore las riquezas psíquicas de la bisexualidad y del género y, a través de la creatividad y sublimación, acceda a nuevas y saludables organizaciones mentales.

La figura del hombre-padre es fundamental en el desarrollo incipiente del niño. El futuro varón masculino establece una precoz identidad genital (Aberastury pág.88) homologable al concepto de identidad nuclear de género acuñado años más tarde (Stoller,R. citado por Bleichmar E.1984,pag.39-42)

En el niño coexisten la identificación al padre en su ruta hacia la construcción de su masculinidad y la des-identificación (Greenson, 1968) con la madre. En la temprana tierra de hombres, el cuerpo a cuerpo con el padre o sus sustitutos y su presencia transmisora repercuten en la formación psíquica del nuevo ser. La impronta vincular en una suerte de ‘homosexualidad trófica’, espacio ‘entre-hombres’ otorga al niño la posibilidad de incorporar, introyectar e identificarse con la masculinidad del padre. Volveré sobre este punto más adelante en el apartado dedicado a la problemática homosexual.

1 La traducción es mía.

Las complejas heridas preedípicas del niño, resignificadas en etapas ulteriores de la existencia, así como experiencias juveniles desestabilizadoras, dan cuenta de interacciones patógenas en los vínculos amorosos.

El hombre , su deseo de ser mujer y su temor a la mujer

Como bien resalta Horney (1968 pp.133-134) todo varón ha sentido de pequeño el deseo de ser mujer y se ha sentido herido en su narcisismo. Este sufrimiento narcisista es posteriormente compensado con la retirada de la libido de los objetos externos y la sobrecarga libidinal de los genitales. Escribe esta autora (Horney, 1968, p. 132).:

“Según mi experiencia, el temor a ser rechazado y ridiculizado es un ingrediente típico en el análisis de todo hombre, no importa cuál sea su mentalidad y la estructura de su neurosis. Hemos frente a la vulnerabilidad masculina, con frecuencia oculta bajo la mirada ideológica enfocada en dirección a la hegemonía patriarcal. En la clínica analítica se observa con frecuencia la timidez del varón, escondida bajo una fachada de autosuficiencia y poder.”

El deseo de ser mujer por parte de los hombres es más frecuente que el deseo de ser varón por parte de las mujeres. Esto explica la superioridad numérica de transexuales y travestis hombres que buscan crear cuerpo de mujer en sus propios cuerpos.

Una imagen paradójica emerge cuando se consideran los escenarios psíquicos de algunos varones respecto de las mujeres: por un lado temor e idealización frente al poder de la imago de la madre fálica, y por el otro temor a la potencial feminización y debilitamiento en el contacto con el sexo femenino. En las mujeres se proyectan alternativamente imágenes de dominio y de fuerza, e imágenes de desvalimiento y de debilidad.

M. Caplansky (2003) cita la siguiente frase de un paciente respecto de esta temática: “Dice Miguel, en una sesión: «... si una mujer que me interesa me dice que soy tierno me preocuparía mucho...», aludiendo en una clara «*exigencia machista*» al temor de castración fálica: no tener una erección o posibilidad de «*penetrar*».”

El rehusamiento de la feminidad, al alcanzar grados excesivos, dificulta el buen ejercicio de la paternidad. Al respecto escribe lúcidamente Nasio (1991 p.33-34) . “Creo, en efecto, que el hombre que reconoce con dolor su parte femenina tiene más posibilidades de asumir el difícil rol de padre que aquel que no reconoce su feminidad.” ... y un poco más adelante nos brinda esta bella y profunda frase: “El hombre, que contrariamente al neurótico, acepta su parte femenina, ha logrado atravesar la prueba de la angustia y ha logrado comprender

que cualquiera sea el resultado de esta travesía, siempre tendrá lugar una pérdida inevitable” .

El temor a la carne femenina, a la peligrosa hendidura vaginal, suele acarrear trastornos en la potencia sexual con la consiguiente infelicidad. Las fantasías de la vagina dentada o de la vulva como mostración de flagrante castración temible, asustan a algunos hombres en el encuentro sexual con las mujeres. En este punto deberíamos desarrollar la diferencia entre ansiedades de castración y ansiedades de finitud. Como expresara (Alizade, M.2007) “Castración está inscrita a nivel del cuerpo de la sexuación, finitud a nivel del cuerpo de la existencia. La finitud instituye un yo corporal asexual, un yo-cuerpo masa, cuya asexualidad expresa su condición de totalidad mortal en cierta medida extranjera para el psiquismo.”

Otro elemento productor de temores hacia las mujeres es de origen cultural: reside en el temor inconsciente a la retaliación por la sumisión milenaria a la que las mujeres han estado expuestas por los poderes hegemónicos patriarcales y a la potencial revancha o venganza que pudieran ejercer contra el sexo dominante.

La envidia del pene en los hombres

La temática de la envidia del pene merece ser repensada en el seno de su complejidad.

Cuando se menciona la envidia del pene en la vida psíquica de las mujeres, la representación imaginaria es la de un pene potente, erecto, incluso grande y dador de placer sexual.

El pene, en tanto primer elemento diferenciador de los sexos, encarna la presencia del falo. El falo, a su vez, representa un valor narcisista máximo. La narcisización del pene y su advenimiento psicocultural a la categoría de falo trasladan el objeto parcial del genital al ser entero de los hombres y los presentan comparativamente en un lugar de mayor importancia e idealización que las mujeres, cuyos genitales serían portadores imaginarios de una carencia.

La primera diferencia pene-no pene ubica a los humanos en dos categorías iniciales –varón-mujer- que serán asumidas y resignificadas en movimientos complejos dependientes de múltiples circunstancias hereditarias, congénitas, y ambientales.

En los hombres, la carga narcisista del pene es objeto tanto de orgullo viril como de angustia ante la exigencia de cumplir con los requisitos funcionales de máximo rendimiento. El temor al fracaso de la función sexual, a los tropiezos, a la emergencia súbita de inhibiciones imperdonables, el sentimiento de vergüenza al sentir que se posee un pene ´ feo ´, conforman afectos y representaciones que derrotan la idea del pene como perpetuo gran bien. Por lo contrario, en múltiples ocasiones, tener pene constituye un simulacro de órgano envidiable cuando, en las intimidades psíquicas, algún hombre *padece su pene* y se lamenta de su pobre desempeño erótico.

Algunas oposiciones son: pene erecto versus pene flácido, pene grande versus pene pequeño, pene potente versus pene impotente y pene infantil versus pene adulto.

La envidia al pene, tan mentada en relación al psiquismo de las mujeres, sólo está vinculada con un pene que cumpla con los atributos de máxima valoración en su apariencia y en su función de falo. En este punto no debemos descuidar el rol que desempeña la infertilidad masculina como fuente de profunda envidia hacia los genitales fértiles de otros hombres.

En sus consideraciones sobre la sexualidad masculina Person enfatiza el rol de esta envidia en la psicopatología del varón. Escribe (Person, 2000 p. 179) : El temor al padre y la amenaza de ser castrado por éste no son los únicos factores que llevan al niño a renunciar a su madre. En parte, el niño le sustrae a ésta su investidura libidinal porque siente que no tiene la dotación genital indispensable para competir con el padre. Percibe que, como tiene el pene demasiado pequeño, su madre lo rechaza y prefiere al padre. Muchos hombres no se recobran jamás de cierto sentimiento literal de inferioridad genital, y por consiguiente están destinados a padecer durante toda la vida la envidia del pene. De hecho, *“el varón sufre la envidia del pene con mucha mayor frecuencia que la niña”*. Subrayo esta última frase para destacar que en el psicoanálisis carecemos aún del suficiente énfasis clínico en estos sentimientos íntimos varoniles. El exceso de teoría sobre la envidia en las mujeres opacó y escondió este aspecto importante de la psicología de los varones. Una vez más se observa cómo los condicionamientos de época y el entorno sociocultural influyen y desvían el rigor y el peso de las comunicaciones científicas.

La problemática homosexual (espacio entre-hombres)

Para Freud, en el varón, resolver el Edipo negativo (amor y deseo por el padre) es un logro fundamental en la cura de la neurosis. La buena penetración psíquica paterna es condición necesaria para la instalación de un superyo habitado tanto por prohibiciones como por permisos saludables. Tener buen padre implica tener una identificación psicocorporal masculina valorada, que le permita una fértil exogamia. Esta noción de padre interior implica que únicamente mediante una homosexualización -invento el término- trófica, el hombre encuentra en el otro hombre la transmisión transgeneracional indispensable a su estructuración masculina.

La problemática homosexual, escribe Bleichmar, S. (2006) inscribe una paradoja en el psiquismo de los varones: La identificación al padre y a su superyo portador de la ley no se contradice con la fantasía inconsciente o consciente de la incorporación del pene paterno a nivel carnal. Prima en esta observación el carácter estructurante de una parte corporal narcisísticamente privilegiada en el universo psíquico de los hombres. Los aportes antropológicos (Gilmore 1990,

Badinter, 1992) preanunciaron esta aseveración, mediante la observación de prácticas tribales en las cuales la realidad de la introyección del pene es un paso previo a la asunción de una masculinidad positiva. La “pedagogía homosexual” como la denomina Badinter (1992, p. 134 y sig.) se ocupa de transmitir el saber sobre la virilidad de hombre a hombre. La succión oral del pene constituye una actividad ritual obligatoria mediante la cual el futuro hombre incorpora junto con el semen las propiedades viriles. Esta homosexualidad carnal de los pueblos primitivos se desplaza en los pueblos civilizados en ritos sublimados de contacto psíquico padre-hijo, o en intercambios entre-varones de una misma generación. La deficiente homosexualidad sublimada se manifiesta en temores y prejuicios acérrimos contra la homosexualidad. En esas circunstancias, el hombre puede temer el contacto anal durante el coito, o mostrar un superyo excesivamente severo bajo el cual subyace el temor a un padre vivenciado como autoritario y poco amoroso.

Los placeres y ansiedades homosexuales se acompañan de fantasías que dan la medida de la virilidad o feminidad de la relación carnal homosexual: un hombre homosexual de aspecto viril desprecia a un homosexual de apariencia afeminada, un hombre heterosexual penetrará en una fiesta sexual a un ‘puto’ en divertida manifestación de su hombría lúdica. Es homosexual el hombre que es penetrado, él solamente juega con su pene potente al ejercer una penetración con un hombre homosexual.

El escenario homosexual positivo instala una virilidad sin mayores conflictos. En la representación del pene se activan e incorporan propiedades psíquicas del género masculino. No sucede lo mismo cuando predomina el falicismo que orienta al sujeto en dirección a la expresión de sentimientos de prepotencia y de violencia machista.

El erotismo: impotencia psíquica y disfunciones sexuales

Me referiré en este apartado al erotismo en tanto experiencia carnal. El erotismo no es unívoco. Presenta muchas facetas y grados de sensibilización. La cópula no es sinónimo de erotismo; puede tener lugar con mínimo placer y satisfacción puntual. El erotismo implica el agregado de la dimensión del goce. Apuntalado en la vivencia placentera el erotismo incursiona en un territorio especial. La experiencia erótica implica entrega, desposesión, incluso una cierta dosis de perversión en el sentido de fabricación de inventos fantasiosos que incrementan el montante pulsional erógeno. En las vivencias de placer pulsa la pulsión de vida, en las vivencias de goce, la pulsión de vida se alía a la pulsión de muerte. El goce otorga al juego sexual una dimensión entre apasionante y peligrosa, al acercar a los seres a un límite o abismo desconocido.

El erotismo es un campo privado, íntimo. Cada quien, cada dupla, cada juego entre-cuerpos da cuenta en su interioridad de intransmisibles vivencias.

Como escribe Bataille (1957), “el erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte”. Los fenómenos de despersonalización, de inmersión en el inconsciente, de transgresión infinita posibilitan el acceso a profundidades somatopsíquicas donde reside el olvido de sí. Quizá sea la puesta en acto del erotismo el suceso que más acerca al ser a su condición humana precedera, experiencia donde vibran las propias entrañas bajo el disfraz de la pasión. El goce deviene la medida y el testimonio vivo de nuestra ineluctable caducidad.

El erotismo es muerte psíquica positiva al producir el juego sucesivo de desaparición y resurrección. La pequeña muerte del folklore popular alude a esta pérdida de sí que deja inscripciones inolvidables y vivificantes. Esta pequeña muerte es asimismo una bella muerte, una caída al abismo de lo no-representativo y de lo impensable. A veces, como indicara líneas atrás, algún fetiche colabora en tanto ayuda introductoria a los parajes del erotismo. Otras veces la tormenta erótica se desencadena en el campo del misterio, sin permitir explicación coherente alguna, libre de todo razonamiento explicativo.

Resuenan los ecos de la obra *Thalassa* de Ferenczi (1924) en sus audaces elucubraciones sobre las anímixis de los erotismos y las proyecciones fantasmáticas sobre partes del cuerpo. Por “anímixis” entendía este autor la fusión de los erotismos de partes del órgano en un campo de identificaciones y proyecciones fantásticas que revolucionan toda idea lineal fisiológica del intercambio amoroso humano.

El erotismo tiene una base incestuosa al disolverse toda ley en la totalidad de un cuerpo despojando de sí en su arrojamiento al abismo del no-ser. El otro, la otra devienen a la vez seres primarios y seres fortuitos: las figuras se entremezclan y sobre el otro cuerpo con quien se lleva a cabo el experimento erótico se funden madre, padre, hermanos, extraños, trozos de fantasía,... las multiplicidades cunden y se fusionan en un todo deseante portador de una completud inexistente. Ilusión mayor fantástica donde se plasma el poder resultante de la fusión de representaciones y afectos en una especial integración donde el nombre se pierde y una nada fuente de delicia y pérdida refule en el campo de la máxima sensorialidad. El erotismo posee una función de aprendizaje de la finitud en su mostración vivencial de una apertura sin límite sobre la carne psíquica. Esta conmocionante dimensión del erotismo explica el rechazo o la dificultad que suele provocar en aquellos para quienes una tranquila vida erótica placentera es más que suficiente.

En la vida sexual de los hombres se destaca una doble operatoria psicocorporal: por un lado, desarrollo del potencial genital con la consiguiente erección, penetración, eyaculación, y por el otro, puesta en movimiento del caudal feminizante de la entrega gracias al apoyo sensual de la vida de los sentidos. Quiero resaltar que la sensualidad femenina conforma una unidad sensorial receptiva, abierta a las sorpresas de los sentidos cuando éstos se funden, mezclan o proyectan ilusoriamente en los órganos corporales propios y ajenos (los del compañero-

compañera de la unión sexual). Cuando el funcionamiento genital masculino está exento de inhibiciones, ambos movimientos (el del pene y el de la difusión del erotismo) se combinan placenteramente y permiten que ellos, los varones, también mueran de éxtasis tanto en el acmé del orgasmo como en las suavidades de los placeres preliminares. Los hombres, en esos casos –no demasiado frecuentes– se acercan a la circulación amplia de orgasmos pequeños, por fuera de la penetración, en una experiencia parecida a la que disfrutaban las mujeres exentas ellas de la alerta sexual ante la exigencia de obtener un adecuado desempeño del pene. La diferencia orgásmica se instala, de todas maneras, anclada en los funcionamientos psicobiológicos diferentes. Las mujeres (Alizade, M. 1992, cap. 5) gracias a no tener ni pene, ni desempeño obligado a cargo, cuando logran entregarse al sueño de la desposesión conocen experiencias orgásmicas múltiples. Esta diferencia le hizo decir al sabio Tiresias en la antigüedad, que las mujeres gozaban 7 o 9 veces más que los hombres. Esta digresión queda abierta ya que en la identificación proyectiva un hombre puede identificarse plenamente con el goce de su compañera y juntos llevan a cabo la inmersión en el inconsciente y el viaje de sueño de la regresión thalásica (Ferenczi, 1924).

La función se complica cuando algún hombre padece de impotencia psíquica en cualquiera de sus diversas formas: erección incompleta, falta de erección, eyaculación precoz, eyaculación retardada, u otras. La imagen corporal del hombre y su imagen inconsciente son presa de inhibiciones. Los cuerpos son autodevaluados en cualquiera de sus rasgos o aspectos: cuerpo demasiado velludo, cuerpo lampiño, altura, peso, vientre prominente, nariz grande.... Estas partes frágiles se convierten en lugares vulnerables por donde se filtra el cuestionamiento a la masculinidad y la vergüenza ante la “supuesta falta de hombría” o déficit viril. Se configuran cuadros clínicos de inhibición y neurosis cuyas consecuencias psíquicas se despliegan en nuestros consultorios.

La sexualidad limitada a un desempeño simplemente adecuado con rechazo a los juegos preliminares y a la entrega convierte a muchos hombres en malos amantes: estos hombres descargan su tensión sexual y temen la producción del vínculo de goce con su compañera. Ejercen una sexualidad puntual, miedosa y prolija. Ellos también, al igual que muchas mujeres padecen de un cierto montante de virginidad de goce, figura que he descrito en detalle en referencia a la vida sensual de las mujeres (Alizade 1992, cap 6.). Cito aquí un brillante trabajo de J.Cournut (1977) donde este autor examina la relación del hombre con el desenfreno orgásmico de la mujer y puntualiza el temor del varón a que el orgasmo de la mujer no termine nunca, se vuelva infinito. Este temor suele ser causa de eyaculación precoz e incluso decide a alguna mujer a esconder su caudal erótico para no asustar al compañero.

Freud en 1910-1912 describe conflictos varoniles relacionados con fantasías proyectadas en la mujer elegida donde refulgen ora la madre prohibida, ora la prostituta que debe ser rescatada de su denigrada condición. Lleva ventaja aquel

que puede unir las corrientes eróticas sensual y tierna gracias al atravesamiento de la barrera del incesto. La pareja se vuelve un gran espejo donde se reflejan alternativamente personajes prohibidos y permitidos que desfilan entre amores y odios, encuentros y desencuentros. Dado que este trabajo de exploración y descubrimientos no tiene fin, la aventura de la sexualidad y del erotismo – y sobre todo del amor- tampoco ha de tener fin. El semejante aporta en el acto amoroso (Alizade, M. 1997) un gran caudal de habitantes y fantasías en estado de espera. La tarea de descubrir a estos personajes y de jugar con ellos, es tarea que compete a ambos participantes del encuentro.

Estas observaciones no solamente equiparan y acercan los universos eróticos de ambos géneros sino que demistifican el supuesto continente negro femenino al poner de relieve que los hombres también padecen de oscuridades y de misterios.

Defensas psíquicas de los hombres en sus vinculaciones erótico-amorosas

1 - La hipermasculinidad

La hipermasculinidad es una defensa que busca expulsar la debilidad (asociada con feminidad) y evitar toda posible contaminación con los líquidos femeninos vulnerables. Estas tareas son prioritarias, de primera necesidad (Badinter, E. 1992, p. 125).

Quizá subsistan inscripciones genéticas de supervivencia que transmitan roles ancestrales primitivos no superados y la identidad de macho encuentre en esas inscripciones un lugar filogenético. Aún así, la excesiva virilidad del hombre, en su presentación corporal y en su discurso amoroso, suele generar en la actualidad una sensación de rechazo o incluso parecer algo ridícula. La masculinidad se convierte en un disfraz defensivo. La feminidad se reprime y la masculinidad se hipertrofia reactivamente.

El hombre hipermasculino suele sostener vínculos amorosos donde predominan la seducción machista y la pulsión de dominio. La sexualidad suele ser intensa, con la expresa finalidad de rendir a la presa conquistada a fin de dejarla inerte en su entrega al varón potente. Algún hombre puede llegar a experimentar un extraño goce en generar pasión y deseo en la persona – quizá es mejor decir víctima- elegida, para seguidamente abandonarla en forma brusca o en pequeños golpes de despedida previa intensificación de ilusiones. La venganza se alía a la defensa.

Utilizar al pene como instrumento de sometimiento y poder sobre el ser elegido se convierte en una acción imperativa y reconfortante. Al perder su armazón defensiva, ese hombre se expondría a la angustia de castración y al sufrimiento de las heridas narcisistas de su masculinidad lesionada. La hipermasculinidad suele asociarse con actitudes agresivas e incluso violentas.

Quiero señalar en este punto una especial actitud viril que disfraza la impotencia sexual latente: *la penetración visual*. El hombre al cual aquí me refiero, perfora a las mujeres con la mirada. La fuerza e intensidad de la misma es un sustituto del pene cuyo desempeño es deficiente. La penetración se restringe al potencial visual mediante el cual intenta suplir la dolorosa carencia.

2- El amor superficial (amores fóbicos e histéricos)

Las relaciones amorosas se llevan a cabo con una entrega parcial, con frecuentes infidelidades y actitudes evitativas hacia las mujeres. La disociación de la vida erótica recién mencionada (Freud 1910-1912) que consiste en el amor tierno hacia la esposa-madre y sexualidad directa con la mujer denigrada-prostituta) colabora en sostener la superficialidad de los vínculos en los casos en que los hombres no pudieron proyectar la figura de la madre en otras mujeres. Todas conservarán entonces un carácter entre peligroso y devaluado. La posesión sexual de la mujer (hacerla *´mía´*) se convierte en un trofeo reasegurador de la potencia. Mediante el acto de abandono o menosprecio reafirman su virilidad deficiente. Los malentendidos vinculares neuróticos de género suelen enunciar un “no te necesito” de parte de algún hombre y un “no puedo vivir sin ti” de parte de alguna mujer.

Cuando predomina la histeria masculina, el varón arma un juego sucesivo de idealización amorosa y denigración. La mujer elegida sube a un pedestal del cual cae estrepitosamente. El goce sádico encubre profundas ansiedades relacionadas con la dificultad de amar, el temor a la mujer y al vínculo íntimo afectivo. En un compromiso el varón desnudaría sus carencias y temería ser burlado. En los análisis suelen detectarse rasgos depresivos subyacentes a esta superficialidad neurótica.

3- La adquisición y el cultivo de emblemas de poder

La función pública ha sido durante muchos siglos patrimonio del hombre. En ese terreno se juegan las estrategias de los poderes, entre los cuales asoman los aspectos fálicos. El acceso a estructuras de poder otorga a quien lo obtiene gratificaciones narcisistas que calman ansiedades tanto de castración como de finitud. El poder o su ilusoria tenencia se convierten en un refugio psíquico.

En la vida amorosa de muchos hombres, el despliegue de sus haberes (dinero, cargos públicos de importancia, objetos valiosos, prestancia) ofician de reaseguro contra un posible rechazo afectivo. Disminuyen la exigencia de un desempeño brillante en la intimidad de la relación sexual al saberse dueños, si bien no de la producción de placer y deseo en la compañera, al menos de tangibles bienes materiales con los cuales encandilarla y dominarla.

El poder como vehículo del amor suele incrementar su rol en la edad media o tercera edad de la vida de los hombres, cuando experimentan disminución en la potencia eréctil y sienten disminuir sus fuerzas. Recurren con frecuencia a prótesis paliativas gracias a las cuales compensan las debilidades mediante adminículos artificiales tales como medicamentos para incrementar la potencia, maniobras estéticas disimuladoras de la edad o adquisición de una mujer-muñeca en quien proyectar juventud y potencia ante sí mismos y ante sus congéneres.

El entorno de poder está asociado con frecuencia a la búsqueda de una hipermasculinidad paliativa. El poder se comporta como un afrodisíaco que ayuda a sortear los obstáculos eróticos inhibitorios. El poder se adhiere a la imagen inconsciente del cuerpo y al esquema corporal envalentonando al hombre sin gracia, de poca libido, y disimulando su mostración deficitaria que quedará adornada por los atributos valorativos que dan la fama, el dinero, las posiciones de influencia, etc. Quedan ocultas detrás de estas ´cortinas de humo´ las disfunciones sexuales, los complejos de inferioridad y la irritabilidad narcisista.

Observación de Franco

Franco es un apuesto joven profesional. Divorciado hace unos pocos años, consulta para sentirse más seguro en su masculinidad y lograr encontrar estabilidad afectiva en su vida amorosa.

Sus numerosas conquistas femeninas fracasan ya sea porque él se cansa rápidamente de ellas o porque es abandonado a poco de frecuentar una relación. Su elección de objeto es conflictiva: elige muchachas muy jóvenes y su actuación sexual es deficitaria. Franco ama los juegos preliminares en los cuales se siente experto mas apenas penetra a la mujer siente una imperiosa urgencia en retirarse con o sin eyaculación. Derrotado, finge no necesitar a mujer alguna. Nuevamente ilusionado, corre a comprar un lujoso regalo a una imaginaria amada quien ni se ha dado por enterada de su demanda de amor. No falta alguna que se burle de su precipitación y desmedida. Abatido, Franco envidia a sus amigos que tienen un padre fuerte y protector de quien han podido incorporar la virilidad.

Criado entre mujeres (sus padres se separan siendo él muy pequeño y se trasladan a distintas ciudades, dejándolo a cargo de varias tías), en su identificación a la feminidad de la mujer ha internalizado una imagen débil de sí mismo, de niño-niña abandonado aún cuando exitosamente sobreadaptado.

Me interesa destacar el escenario de un bello varón entrampado entre la histeria y la fobia que despliega una suerte de neurosis de abandono solapada. Sus emblemas de poder poco le sirven a la hora de sostener una relación vincular estable y sin embargo, sostienen su narcisismo. Desfallecen sus vínculos amorosos ante su infantilismo caprichoso (ser servido y atendido al menor deseo por sus tías para compensar el alejamiento de los padres), su idealización de las jóvenes bellas de quienes aspira a ser amado y su denigración defensiva de las

mujeres que aceptarían emprender una relación amorosa con él. Solo ama a las que lo abandonarán, fijado al patrón vincular de los objetos primarios de su infancia. Abandonar-ser abandonado es la polaridad en la que se inscriben sus pulsiones. Franco adolece de la falta de una buena homosexualidad estructural.

La transferencia es compleja, denigratoria, demandante. En la atmósfera del campo analítico predomina la evitación fóbica. La analista es menospreciada en tanto madre insuficiente con quien reedita el abandono originario y a quien amenaza con abandonar en el ejercicio de una repetición perentoria imaginaria. La tarea de hacerse hombre viril se convierte en el nódulo del análisis.

Comentarios a manera de conclusión

He señalado algunos sentimientos y ansiedades en los hombres neuróticos que son fuente de tribulación y angustia en sus vidas amorosas. Estos factores conflictivos se basan en el temor tanto a las mujeres como a la feminidad de la que son, supuestamente, portadoras. Otra área problemática es la relación con sus propios cuerpos y la valoración adecuada del propio pene. La comparación con otros penes de mayor potencia, las inhibiciones sexuales y disfunciones penianas y la infantil rivalidad con el padre poseedor del cuerpo de la madre construyen escenarios de malestar y de sufrimiento que, durante la travesía vital, inciden en los intercambios y relaciones erótico-amorosas.

La elección de personajes con quienes vivir amores está sobredeterminada y es eminentemente variable y compleja. En psicoanálisis, estamos familiarizados con los disfraces tanto de las pulsiones como de los afectos y de las elecciones objetales. La burla y el menosprecio hacia una mujer puede encubrir profundos sentimientos envidiosos y celosos; una elección sexual homosexual viril, con un compañero de fuertes rasgos masculinos o una elección heterosexual con una mujer que ejerce funciones imaginariamente masculinas puede paliar ansiedades de feminización y de castración.

La envidia a la madre triunfante poderosa puede emerger detrás de la persona de la esposa amada que acaba de parir un hijo. Regresión mediante, este acontecimiento reaviva antiguos sentimientos dolorosos de exclusión y dependencia infantiles y da lugar a actuaciones de infidelidad o de alejamiento afectivo con la consiguiente merma en el ejercicio de una saludable paternidad.

La lucha entre los géneros instala en ocasiones escenarios masoquistas en los cuales se expresa el odio a sí mismo y el consiguiente goce. Este odio puede nacer de un sentimiento de discapacidad amorosa y de la intensa inhibición frente a una mujer. El hombre odia su parte femenina, odia su cuerpo desvalorizado y odia su pene del cual se avergüenza en sus emprendimientos sexuales.

Los espacios masculinos vulnerables describen áreas psíquicas enfermas que impiden que algunos hombres alcancen la madurez necesaria para entregarse a una experiencia profunda de amor. El amor sexual maduro es una

mezcla de ternura e idealización junto con un profundo compromiso con el otro (Kernberg 1995).

El amor eleva al ser elegido a un espacio psíquico que supera el acto carnal y los espejismos de la seducción y del enamoramiento. Este espacio psíquico es afín al concepto de “erotismo sagrado” de Bataille (1957) y a la idea de sublimación y ética desarrollada por numerosos autores.

Los espacios masculinos vulnerables descritos en estas páginas solo resumen algunos escenarios conflictivos o traumáticos. No son los únicos. El hombre también puede temer la exigencia del ejercicio de la agresión y de la violencia en tanto emblemas de virilidad (Ross, 2003, p. 113).

Ante tal profusión de variables y circunstancias relativas a las ansiedades de masculinización y a las vicisitudes de los encuentros y desencuentros amorosos, lo más atinado es mantener una actitud alerta y abierta a nuevos aspectos de la vida psíquica de los hombres que la investigación clínica habrá de dar a conocer en el futuro.

Bibliografía

- Aberastury, A. (1959) “La paternidad” en *La paternidad*. Buenos Aires, Ediciones Kargieman, cap. IV, pp. 83-107. 1984.
- Alizade, M. (1992) *La sensualidad femenina*. Buenos Aires, Amorrortu Ediciones.
- (1994) “El hombre y su roca viva: rehusarse a la feminidad” en *Mujeres por Mujeres*, Perú. Moisés Lemlij (editor) Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, pp. 182-193.
- (1997) “El amor conyugal” en *Rev. de psicoanálisis*, T LIV, 4, pp.917-928.
- (1998) “Para pensar la masculinidad”. en *Actualidad Psicológica*. Marzo 1998
- (2007) “Cuerpo y Subjetividad. Castración y Finitud”. Trabajo presentado en el VI Diálogo Latinoamericano del Comité Mujeres y Psicoanálisis (COWAP) de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Río de Janeiro, marzo 2007.
- Alizade, M., Dupetit, S., (1997) “Un hombre en el diván de una analista”. Presentado en la Asociación Psicoanalítica Argentina el 15 de Julio 1997. Inédito.
- Bataille, G. (1957) *El erotismo* Buenos Aires, Editorial Sur, 1960.
- Badinter, E. (1992) *La identidad masculina*. Colombia, Editorial Norma, 1993.
- Bleichmar, E. (1984) *El feminismo espontáneo de la histeria*. México, Fontamara ediciones, 1994, cap.1, pág.37-60.
- Bleichmar, S. (2006) *Paradojas de la sexualidad masculina*. Paidós, Buenos Aires

- Caplansky, M. (2003) "Gender and Affect" en *Studies on Femininity*, Karnac, Londres, pp.53-61.
- Cournut, J. (1977) "El orgasmo infinito" en *Voces de Femeidad*, comp. M.Alizade, 1991.
- Erikson, E. (1982) *The Life Cycle Completed*. London. WW. Norton and Company, 1997.
- Ferenczi, S. (1924) *Thalassa: una teoría de la genitalidad*. Buenos Aires, Letra Viva, 1983.
- Freud, S. (1910-1912) *Psicología de la vida erótica*. OC BN T I
----- (1937) *Análisis Terminable e Interminable*. OC BN T III
- Gilmore, D. (1990) *Hacerse hombre*. Buenos Aires, Paidós, 1994.
- Greenson, R (1968) "Des-identificarse de la madre: su especial importancia para el niño varón" *Rev. Asoc. Escuela de Psicoterapia para Graduados*, No 21: La identificación, págs. 221-229.
- Horney,K. (1932) "El temor a la mujer" en *La sexualidad en el hombre contemporáneo*, Hormé, Buenos Aires, pp. 116-137. 1968
- Kernberg, O. (1995) *Relaciones Amorosas: Normalidad y Patología*. Buenos Aires, Paidós.
- Lax, R. (1997) "Boy´s Envy of Mother and the Consequences of This Narcissistic Mortification" en *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol.52, pp.118-139.
- Nasio, J.D.(1990) "La feminidad del padre" en *Voces de Femeidad*. Buenos Aires, edición de Alcira Mariam Alizade, 1991, pag. 33-34.
- Person, E. (2000) "Sexo, género, jerarquía y poder" en *El techo de cristal: reflexiones psicoanalíticas sobre las mujeres y el poder*, Alizade, M. y Seelig, B. (comp.) Buenos Aires, Lumen, 2007. pp. 163-192.
- Raphael-Leff, J. (2001) "La Identidad Generativa". Ponencia presentada en APdeBa, Buenos Aires, noviembre 2001.
- Ross, M. (2003) "Masculinity revisited: a self-deconstruction", en *Masculine Scenarios*, Alizade, M. comp. Karnac, Londres, pp.109-123.
- Stern,D. (1985) *Le monde interpersonnel du nourrisson*. Paris, PUF, 1989.